

Martí, José, **Nuestra América**, Compilación y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Cuba, Casa de las Américas, 1974, 479 pp.

Hispanoamérica, su pueblos y sus hombres, su historia y su cultura, su geografía, fueron objeto de la observación aguda y del estudio de aquel hombre extraordinario que se llamó José Martí. A nuestro entender, la capacidad desplegada por Martí al escribir y describir la realidad americana de su tiempo (vivió de 1853 a 1895), al prever fenómenos tan notables y actuales como el expansionismo de los Estados Unidos, se debe no sólo a su genio sino a su ubicación política al lado de las luchas de su pueblo. El verdadero genio de Martí tuvo por base la praxis política en pro de la Independencia de Cuba, y su práctica de escritor y periodista, bien que adquiere relieves personalísimos en estilo y colorido, hay que entenderla en ese contexto.

Un volumen que recoge artículos y ensayos del Apóstol, bajo el título de uno de sus más célebres trabajos: **Nuestra América**, ha sido editado por la Casa de las Américas de Cuba, libro antológico que resulta de suma utilidad para la divulgación del pensamiento martiano y para su comprensión, finalidad ésta que cumple el prólogo del escritor Roberto Fernández Retamar, al hacer resaltar la trascendencia y actualidad de Martí el político. Este libro incluye capítulos tales como "Apuntes de Viaje", "Hispanoamericanos", "Contra el Panamericanismo" y "Otros Temas de Nuestra América" mostrando todas estas páginas el magnífico sentimiento y la altura intelectual del escritor cubano al valorar las cosas y los hombres de esta América. Su prosa es una lectura

apasionante por motivos sociológicos y por motivos estéticos. En efecto, quien lea la prosa martiana hallará, en primer término, la claridad que la preside y, enseguida, la pasión americana, su amor a todo lo vivo y positivo (naturaleza, hombres, cultura) que alienta en estas tierras. En carta a Valerio Pujol de 27 de noviembre de 1877 escribe: "Les hablo de lo que hablo siempre: de este gigante desconocido, de estas tierras que balbucean, de nuestra América fabulosa..." (p. 10). Finalmente, habrá de entender la actitud crítica al encarar y comprender los problemas políticos y sociales de este continente.

Martí puede ser proclamado con justicia un precursor del ideario que define contemporáneamente a ese amplio y abigarrado conjunto de naciones llamadas el Tercer Mundo. En 1881, cuando parte hacia los Estados Unidos iniciando —aunque ya había estado en ese país— lo que será una de las etapas más fecundas de su pensamiento y de su obra escrita, se enfrenta ya a la definición del **carácter específico**, como dice Fernández Retamar, de nuestros países. Martí es consciente de ese estar nuestras naciones a medio camino en el proceso de su integración nacional, económica, política y cultural, una vez separados de la hegemonía española, pero anunciándose ya el expansionismo del gigante imperial norteamericano. Por eso dice:

Yo conozco Europa, y he estudiado su espíritu; conozco a América y he estudiado el suyo. Tenemos más elementos naturales, en estas nuestras tierras, desde donde corre el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile, que en tierra alguna del Universo; pero tenemos menos elementos civilizadores, porque somos mucho más jóvenes en historia, no contamos seculares precedentes (p. 10).

Sin embargo, como señala Fernández Retamar, esta visión martiana rechaza "la tesis falaz que en 1845 expusiera Sarmiento sobre la incompatibilidad entre la 'civilización' (es decir, lo europeo) y la 'barbarie' (lo nuestro, lo autóctono)" (p. 11). Por el contrario, Martí reclamará el conocimiento y la valoración de lo propio. En este sentido, escribió pasajes verdaderamente interesantes y críticos, como este:

¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte de gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que no conocen

los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos es más fácil que resolver el problema sin conocerlos (p. 24).

Esta larga cita ilumina aspectos básicos del pensamiento de Martí. En primer término, Martí ha entendido claramente la necesidad de **conocer, estudiar nuestra realidad específica**. También dirá que es necesario adecuar las ideas y principios de validez universal a esa realidad específica de nuestros pueblos. Ahora bien, el político cubano sabía que no es la vía puramente intelectual, así sea realista, la que ha de permitir la emancipación y el progreso de nuestros pueblos. Si algo ha sopesado es la importancia de conjugar el conocimiento con la vida, donde habrá que atender a concretas experiencias:

Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?”, se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución a Danzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación (p. 27).

Pagando tributo a ciertas ideas herencia del siglo XVIII, Martí ha enfocado la problemática americana de su época insistiendo, por ejemplo, en las puras potencialidades de la razón y de la política como estructura prioritaria —diríamos hoy— dentro del ser social.

Pero lo que distingue al ideario martiano y lo convierte en válido y vigente, es su visión crítica del desarrollo expansionista de los Estados Unidos. Al respecto, fue claro para él que dicho expansionismo se debía tanto a “la tradición de dominio continental” imperante en el país yanqui, como al interés económico creciente adquirido en el mismo país por las empresas privadas. En el volumen que se comenta, destacan los artículos dirigidos por el Apóstol al importante diario **La Nación**, de Buenos Aires, dedica-

dos precisamente al Congreso Internacional de Wáshington convocado por los Estados Unidos y realizado en 1889 y 1890. De ahí saldrían los principios del neíasto "panamericanismo" que, hoy todavía, se traduce en la unión del león y las ovejas para beneficio del más fuerte. Por eso y con este motivo Martí escribió, mostrando su profunda visión política:

En cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que se ve, ni de torcerlo, ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos, sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio (p. 251).

Ya advertía el escritor cubano sobre la situación de los Estados Unidos "repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América" (p. 250). Hay pues justicia cuando se considera a José Martí como un claro precursor del antimperialismo de nuestros días. Es ésta la que parece ser la hora de América Latina, en la medida en que hoy confluyen la toma de conciencia acerca de nuestras realidades sociales, económicas, políticas y culturales, con el esfuerzo por llevar adelante las pugnas que plasmen los objetivos históricos más urgentes: justicia, independencia económica, independencia política, democracia nueva. Pero este esfuerzo sólo podrá dar de sí, ser fecundo y trascendente en la medida en que enlace y retome dialécticamente la sustancia (luchas sociales, ideas, procesos) de nuestra historia y dentro de ésta la obra de hombres como José Martí.

Miguel Bautista